



Lucas y Anna

## ME APOYÉ EN MI *convicción*

Hospitalizada por un virus, amamantar a mi hija fue una carrera de obstáculos.

Soy madre de tres hijos y austriaca, aunque ahora vivo en Madrid. En Austria, todo el personal de las maternidades y de las UCI pediátricas apoya sin reservas a las madres que desean dar el pecho, y la mayoría cuenta con la titulación de IBCLC (*International Board of Lactation Consultant*). Por eso mi sorpresa no tuvo límites cuando en Navidad tuvimos que ingresar en un hospital infantil de Madrid a nuestra tercera hija, de 12 días, por un cuadro vírico. Al llegar a la sección de lactantes observo un cartel con un bebé mamando que dice: Dale lo mejor. En el mostrador de enfermería, un folleto: Lactancia materna. Lo mejor para la salud de tu hij@. Perfecto, pensé tranquila... Pura apariencia; si no hubiera sabido lo que sé, el ingreso de Anna habría supuesto su destete definitivo.

La primera mañana, temprano, una enfermera reparte biberones. Abre la puerta: “¡Mami, el

biberón!”. “Gracias, toma pecho”, respondo. A partir de ese momento, cada tres horas se repite la misma conversación. A veces vuelven al rato: “Bueno, pero para rematar, ¿no?”. Anna mama bien a pesar del oxígeno, la vía, las flemas y la tos. Si bien toma menos cantidad, lo hace con mayor frecuencia. Intuyo que es normal estando enferma.

Comienzo a sentirme observada, rara, como si estuviera haciendo algo mal. Las enfermeras comentan mi actitud: “Si le das de esa forma te quedarás sin leche”, “Estás abusando del pecho como chupete”. Los comentarios e irritación van en aumento, incluso me aconsejan: “No puedes seguir así. Lo estás haciendo mal; no estás alimentando de forma correcta a tu hija.” La causa de este malestar es que mi hija no mama cada tres horas, sino a demanda, no lleva el ritmo de los demás bebés y eso, al parecer, produce una desconcertante sensación de descontrol.

Al cuarto día una pediatra me pide que me saque leche para analizarla “y ver si alimenta o no. A lo mejor le da asco y por eso no engorda lo suficiente”.

“SI NO HUBIERA SABIDO LO QUE SÉ, EL INGRESO DE ANNA HABRÍA SUPUESTO SU DESTETE DEFINITIVO.”

“QUE MI HIJA NO LLEVARA EL RITMO DE LOS DEMÁS BEBÉS LES PRODUCÍA UNA SENSACIÓN DE DESCONTROL.”

“MI MARIDO Y MIS AMIGAS ME APOYARON EN MI DECISIÓN DE PERSEVERAR Y CONTINUAR AMAMANTANDO A MI HIJA.”

Los otros bebés enfermos tampoco engordan, pero como toman biberón no hay problema, “están controlados”.

Luego me avisan que debería sacarme leche y dársela en biberón para poder controlar cuánto come, olvidando que eso afectaría a una lactancia recién estrenada... Amamantar se ha convertido en una carrera de obstáculos. El apoyo de mi marido y de mis amigas me ayuda a perseverar en mi decisión de seguir amamantando a mi hija a toda costa. Anna sigue comiendo “fuera de horario”, mejora, gana peso y a los seis días nos dan el alta, ¡el mejor regalo de Reyes!

En los días que estuvimos en el hospital, no vimos a ninguna madre amamantando. Yo sigo dando el pecho. Para Anna es lo mejor y yo disfruto de tenerla en brazos y amamantarla. No por casualidad, la palabra amamantar en mi lengua materna —el alemán— muestra que es mucho más que alimentar a un bebé. La palabra *stillen* viene de *still*, que significa, además de “saciar”, “calmar”.

Angela E. Müller